

Carta a *Encuentro de la cultura cubana*

Guillermo Rodríguez Rivera

Ciudad de la Habana, 9 de abril de 2001.

Queridos amigos:

No sé si Aurelio Alonso, experto en historia de las religiones y en la filosofía del tema, enseñó alguna de esas disciplinas a mi amigo Emilio Ichikawa en uno de esos poco convincentes magisterios de los que él (Emilio, no Aurelio) se declara fruto.

Si fue así, creo que no resultó inútil esa misión profesoral, aunque ahora el antiguo estudiante no la aprecie.

Yes que hay, en la breve carta que Ichikawa dirige a la revista y que *Encuentro* hace pública en su número 19, muchas alusiones religiosas, metáforas teológicas y hasta reverencias a las representaciones numerológicas consagradas por el teocéntrico medioevo: «trueque de almas», «lista impía», «meditaciones expiatorias», e incluso el sentido emblemático que Emilio encuentra en que la carta de Lisandro Otero que cita, esté fechada un 26 de julio.

Asumiendo la protección de una publicación que, además de tener quien le escriba, tiene también quien la defienda, mi amigo Emilio une tres opiniones que le objetan a *Encuentro* el hecho de que se ha producido un cambio en ella.

Lisandro Otero —ex director de la revista *Cuba*, ex vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, ex diplomático cubano en varios sitios y actualmente escritor y periodista residente en México— se queja de una valoración sobre él, escrita por Enrico Mario Santí que encuentra «ultrajante». De ello, Otero infiere que *Encuentro* manifiesta «una tendencia de sumarse a la empresa del ultraje» y lamenta que «comience a abandonar el perfil mantenido hasta ahora».

Aurelio Alonso —coeditor junto a Jesús Díaz de la revista *Pensamiento crítico*— polemiza con él a partir de la ponencia presentada por el director de *Encuentro* en el evento de LASA 2000, efectuado en Miami, y presenta —en una entrevista de la que esta revista reproduce un fragmento en su número 18— lo que Ichikawa llama «una lista impía» de lo que Alonso considera «una nueva ola de pensamiento contrarrevolucionario». Al valorar *Encuentro*, Alonso opina que «es una nueva amalgama que hace que dicha revista sea algo distinto de lo que supuestamente se propuso en un principio».

Si el filósofo Ichikawa generalizara adecuadamente —como le correspondería— advertiría las diferencias entre los planteos de Otero y Alonso. La

única discrepancia que manifiesta Lisandro Otero es la que se relaciona con su «ultraje». Es ese único hecho el que le hace ver un abandono de la línea mantenida por la revista.

Alonso se ha encargado de colocar en su valoración de *Encuentro* el adverbio «supuestamente», como para decirnos que nunca estuvo seguro de sus propósitos iniciales. Es perfectamente coherente su opinión con el hecho de que Alonso nunca haya colaborado en la revista.

Así, únicamente voy quedando yo.

Mi amigo Emilio ve en mis observaciones vertidas en la revista *Temas*, unas «meditaciones expiatorias».

Si Ichikawa me conociera un poco mejor, sabría que no soy adicto a las «expiaciones», lo cual no quiere decir que no tenga criterios sobre múltiples cosas, la revista *Encuentro* incluida.

Ichikawa parece condicionar mi honestidad o mi valor (o las dos cosas) a mis opiniones sobre la revista. Pero como no puede decir que yo no haya colaborado en la publicación desde su misma fundación y que no lo siga haciendo hoy, atribuye mis criterios, mis expiaciones *avant la lettre* (porque hasta ahora nadie me ha penalizado), a que hay «un cambio en la circunstancia de la política cubana en el sentido del endurecimiento, del extremismo, en fin, de la objeción al diálogo, que cambia la percepción que dentro de la Isla algunos intelectuales tienen de la revista *Encuentro*».

El endurecimiento de la política cultural de Cuba es un fantasma que, muy frecuentemente, recorre ciertas zonas del exilio cubano. Y, como si se lo necesitara, cuando no aparece se le convoca. Es una suerte de Dios de Voltaire: cuando no existe, hay que inventarlo.

Por ello, me gustaría que mi amigo Emilio Ichikawa apuntara un dato, precisara un hecho, describiera, en fin, un acontecimiento que delatara ese movimiento hacia el extremismo que él percibe, y que cree que aterroriza a algunos intelectuales cubanos —incluso a Lisandro Otero, quien vive y trabaja en México— y nos obliga a formular inesperadas opiniones sobre *Encuentro*.

Ha habido endurecimiento, extremismo en la política cultural cubana en varios momentos de nuestra historia revolucionaria. Cuando polemiqué con Jesús en torno al fin de la primera etapa de *El caimán barbudo* y los lamentables años setenta en nuestra vida literaria, creo que no obvié lo que pensaba. Podría abundarse sobre ello, tanto en la esfera de la cultura como en las de la política y la economía. Pero en lo que corresponde a los años actuales, pienso que vivimos unas de las etapas de mayor amplitud y coherencia de nuestra cultura, aunque algunos no lo quieran reconocer y «se descologen» por ello.

Somos muchos los que pensamos dentro de Cuba que la literatura cubana es una sola, escríbase donde se escriba. Y creo que nuestras principales instituciones culturales actúan, en los últimos tiempos, validando esta idea.

Yo, por ejemplo, tengo ahora en las manos un ejemplar de *Las palabras son islas*, antología de la poesía cubana del siglo xx, realizada por Jorge Luis Arcos, quien asimismo la prologa. Fue editada por Letras Cubanas y el pasado año se vendió en las librerías del país. En ella, junto a los poetas que vivieron

y murieron en Cuba, y los que aquí viven y escriben (desde Ángel Augier hasta Norge Espinosa) figuran poemas de Agustín Acosta, Eugenio Florit, José Ángel Buesa, Ángel Gaztelu, Justo Rodríguez Santos, Gastón Baquero, Lorenzo García Vega, Heberto Padilla, Manuel Díaz Martínez, Severo Sarduy, Armando Álvarez Bravo, José Kozler, Isel Rivero, Belkis Cuza Malé, Reinaldo García Ramos, Magaly Alabau, Emilio de Armas, Maya Islas, Amando Fernández, Lourdes Gil, Jesús J. Barquet, Iraida Iturralde, Roberto Valero, Ruth Behar, Ramón Fernández Larrea, Damaris Calderón, María Elena Hernández, y finalmente, *alive and well in Havana*, mi amigo Raúl Rivero.

Son 28 poetas emigrados, exiliados o disidentes, vivos y muertos (que de todo hay) cuyas obras pertenecen por derecho propio a la literatura cubana.

No creo que cuando se edita por primera vez en Cuba una antología como ésta, se esté planeando secretamente una represión contra los colaboradores de *Encuentro* dentro de la Isla.

El endurecimiento que se advierte en los últimos tiempos —y no es precisamente cultural ni ocurre dentro de Cuba— es el que proviene de la recién estrenada administración de George W. Bush designado presidente de los Estados Unidos por la *Supreme Court* tras las «fulgurantes» elecciones en la Florida.

El diálogo entre escritores de «las dos orillas» se ha ido afirmando desde los años noventa, pero el diálogo propiamente político se hace muy difícil.

Es cierto que hay pequeños sectores de la dirección del exilio que apoyan un eventual diálogo con la Revolución Cubana. Para Uva Clavijo, la causa de que esas negociaciones no prosperen, ha sido «la tozudez del gobierno de la Isla». Pero esa perspectiva carece de realismo e ignora otros factores esenciales que inciden decisivamente en que ese diálogo no pueda producir resultados.

El Gobierno cubano no puede concertar acuerdos de real trascendencia con una minoría de la dirección del exilio, mientras la zona más poderosa e influyente de esa dirección (la que se nuclea en la Cuban American National Foundation) mantiene una política de liquidación de la Revolución que no excluye el terrorismo y sostiene a ultranza la política de embargo económico, condenada casi unánimemente por la Asamblea General de Naciones Unidas. La CANF ha sido la promotora de la aberrante ley Helms-Burton, que pretende quitarle al país (al pueblo cubano, sí) sus medios de supervivencia para provocar una añorada rebelión interna que los líderes de Miami verían en sus televisores.

La ley Helms-Burton coloca los destinos de la nación en manos del congreso de los Estados Unidos, que sería la única entidad facultada para determinar cuál sería el gobierno adecuado para Cuba.

Eso es, queridos amigos, endurecimiento al puro estilo de Mr. Orville H. Platt.

Yo habría preferido no hacer públicas mis diferencias con la revista *Encuentro*. He conversado algunas de ellas con Jesús, en mis breves estancias en Madrid. Pero ha existido tanto litigio entre los cubanos de dentro y de fuera que no me pareció saludable fomentar una discusión pública que podría enconarse y producir resultados muy poco fructíferos. O quizá, esperaba

una reacción de la revista hacia la dirección que me parece que fue la que la inspiró en los momentos de su aparición.

Pero como Emilio Ichikawa me conmina a ello y la propia revista acoge en sus páginas su carta emplazatoria, sea pues.

Yo percibo en *Encuentro* un creciente desplazamiento hacia las posiciones clásicas del exilio de Miami.

Se trata de una concepción que descalifica esencialmente a la Revolución Cubana y la valora con un desenfoque que es, justamente, el que ha conducido al exilio miamense al permanente fracaso de sus estrategias políticas con respecto a Cuba.

La advierto desde el número dedicado a las transiciones políticas (¿es el 9?), en el que se compara a Cuba con los países de la Europa del este, y se sugiere para el nuestro —como en un son salsero de Willy Chirino que circuló bastante en la Isla— un destino semejante al de ellos.

Pero la Revolución Cubana fue una hecha «desde abajo», por un pueblo que la apoyó en su absoluta mayoría, mientras que los regímenes de la Europa oriental —con la excepción de la Yugoslavia de Tito— fueron colocados en el poder por el Ejército Soviético tras desalojar a las tropas nazis. Creo que esta diferencia no está de más para ayudar a entender por qué la caída del muro de Berlín y la desaparición de la propia Unión Soviética no tuvieron para Cuba la repercusión liquidadora que el exilio de Miami esperaba.

Como no es posible equiparar Cuba a la España franquista o al Chile de Pinochet, porque no es lo mismo una revolución popular, que regímenes fascistas que aplastaron los atisbos de revoluciones populares.

Las transiciones del régimen franquista y del pinochetista a la democracia, jamás pusieron en juego las estructuras socio-económicas establecidas de España y Chile. Del mismo modo que no había sobre España ni sobre Chile ningún embargo económico, ni leyes como la Torricelli y la Helms-Burton, ni se decretó nunca, por ninguna potencia extranjera, leyes de ajustes español o chileno, que permitieran la libre entrada (incluso la ilegal) de ciudadanos de esos países en una poderosa nación vecina que se aliara a esos exiliados para procurar el derrocamiento de sus gobiernos.

La transición cubana, como se concibe en el exilio, es bien diferente. Para decirlo en los términos que emplea Jesús en su «Introducción» al número 18, el de Cuba sería «un futuro democrático de economía abierta». Si no entiendo mal, me temo que esa «apertura» se asemeje, como una gota de agua a otra, a la que demanda el exilio de Miami el que, para volver a la Isla para «seguir desarrollando libremente su identidad», traería a ella sus «capitales y experiencia acumulados». Lo que ocurre es que esos capitales y esa experiencia ya estuvieron en Cuba durante toda la primera mitad del siglo xx, y para nada evitaron que nuestra historia desembocara en la Revolución de 1959. Hace falta algo más. Yo diría que mucho más.

Encuentro ha puesto su acento —como dijera el maestro René Touzet en un bolero inmortal, «cada vez más»— en una desequilibrada valoración del exilio miamense a la que corresponde una sistemática denostación de la vasta

obra social de la Revolución Cubana, en la que ha estado y está involucrada la mayoría del pueblo cubano. Esa obra dista mucho de ser perfecta, pero es absolutamente imposible desconocerla y no valorarla en su enorme importancia. Y sobre todo: no se puede ignorar paladinamente las huellas que ella ya ha dejado en la conciencia cubana, la que no permitirá que «le descoloquen» la soberanía de su nación.

Me parece claramente ilustrativo de ese acento en la política editorial de la publicación, el dossier sobre Miami que *Encuentro* publica en su número 18.

Falta en él una valoración crítica del exilio, de su política, al margen de que los cubanos suelen ser individualmente generosos y «querendones», o de la exitosa inserción de los cubanos de Miami en la poderosa economía norteamericana. Esa valoración —que explique el por qué del fracaso de más de cuarenta años de enfrentamiento a la Revolución— no aparece en los artículos de Luis Goytisolo, Lourdes Tomás, Uva Clavijo y Ramón Alejandro que lo integran.

No sé si habría dentro de Cuba autores capaces de abordar esos temas, pero hay figuras del mismo exilio (Luis Ortega, José Pertierra, Max Lesnick, Carlos Rivero, Francisco Aruca, por sólo mencionar los que ahora recuerdo) que acaso podrían contribuir a producir ese balance, lo que aportaría un equilibrado caudal de información con vistas a un diálogo que espero que alguna vez sea realmente posible.

La carencia de esa pluralidad es la que hace que *Encuentro* se haya convertido, creo, en una publicación más del exilio, y no sea la portadora del proyecto que enunció en sus orígenes.

Y nada más, que ésta no es más que una carta que se va haciendo demasiado larga, y que quiere, como la de mi amigo Emilio Ichikawa, encontrar un rinconcito en la revista. Espero que les haya gustado la reseña que les dejé el mes pasado sobre el libro-homenaje a Eugenio Florit. Un abrazo.